

Fina

*Vedla sentada a la puerta de su rostro,
guardadora de un misterio perdido*

FINA GARCÍA MARRUZ

FINA GARCÍA MARRUZ, POETA Y PENSADORA DEL LINAJE DE Santa Teresa de Jesús, María Zambrano, Simone Weil. De ella afirmó Eliseo Diego que en su obra «se encuentran algunos de los poemas de más apasionada belleza que se hayan compuesto en lengua española desde que asomó el mil novecientos». Es la única mujer del importante Grupo Orígenes, quien junto a José Lezama Lima, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Gastón Baquero y otros poetas, integró uno de los movimientos poéticos más trascendentes de la cultura iberoamericana en el presente siglo. Lo hispánico, lo americano, son constantes en su obra —y también lo insular, lo «cubano» secreto, *poética* sobre la que ha escrito poemas y prosas de sutilísima y profunda captación de matices y esencias.

Escritora de profundo pensamiento, de vastas resonancias filosóficas, religiosas, éticas y estéticas. Crítica, investigadora, ensayista penetrante, ha escrito páginas perdurables sobre Quevedo, Sor Juana Inés de la Cruz, Gustavo Adolfo Bécquer, José Martí, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Charles Chaplin, José Lezama Lima, María Zambrano y sobre la Poesía misma¹. Son notables sus poemas sobre Keats, Lezama, Sor Juana, Chaplin, Vallejo y Machado.

¹ Consúltese: «Lo Exterior en la Poesía». *Orígenes*. La Habana, año IV (16): 16-21, invierno, 1947; «Notas para un libro sobre Cervantes». *Orígenes*. La Habana, año VI (24): 41-52, invierno, 1949; «Hablar de la poesía». *Unión*. La Habana (1): 4-9, diciembre, 1970, y en su *Hablar de la poesía*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1986.

Jorge Luis Arcos

La lectura de su obra lírica constituye una de las experiencias vitales y estéticas más estimulantes de la poesía contemporánea. Poeta de aparente sencillez expresiva, a veces de engañoso desaliño formal, su mirada es capaz de traspasar siempre las apariencias y, a la vez, recrearlas, retenerlas, «salvarlas» —y conmover profundamente, secreto de su estilo—, convencida de que «toda apariencia es una misteriosa aparición», y de que «lo profundo es lo que se manifiesta», o que el rostro es más misterioso que la entraña; convicciones que no le impiden iluminar, órficamente, esas *obscuras cavernas del sentido*, las abisales simas de la realidad, tanto de la visible como de la invisible, de lo conocido como de lo desconocido. Poeta con el don de la entrevisión, de apresar el «instante raro», al que se refiriera Martí, para detener ese temblor, ese momento en que las cosas sin dejar de ser ellas mismas comienzan a ser otra cosa. Acaso porque para ella toda realidad es simbólica: «Estaba a la vez cerca y lejos», dice del mar.

Su escritura es capaz de revelarnos, como Juan Ramón, la joya más espléndida, y como Martí, Unamuno, Vallejo, la confesión más conmovedora. Poeta estoica, ascética sequedad espiritual —«porque en lo seco arde el espíritu»— y, a la vez, de almado desbordamiento confesional. A veces, en la parquedad de su estilo, o en el *deslavazamiento* de sus versos, se encuentra el secreto de su despegue, de su sobrepasamiento, porque conoce el secreto de la obediencia a una forma, el secreto del límite como medio para acceder a una realidad más vasta: es la posesión del renunciamento. Su estilo, pues, se hermana con su cosmovisión creadora: hace del silencio, de la oquedad, un clamor, un lleno; de lo cerrado, lo abierto; de la pobreza, un tesoro. Espléndido lo pobre; aurear pobreza. Y sus palabras, transidas por una suerte de agónica tensión, de dolorosa hermosura, de severa alegría, parecen siempre servir a una realidad mayor, inabarcable, «a manera de nota de órgano», dice. Pero asimismo es capaz de develarnos el misterio de los actos, de las cosas más simples y humildes, aunque a la luz de una radical *extrañeza*, ésa que le hace percibir una *distancia misteriosa* entre el ojo y lo mirado. Siente que le «falta» algo a la realidad, algo que huye, escapa, no se deja poseer; que lo que ella misma hace o escribe es siempre «insuficiente», pero su lucidez, su clarividencia poética suelen ser insondables. Esa dialéctica de conocimiento, ese religador pensamiento poético, y religioso, constituye la *marca* de su sensibilidad. Tiene el dominio del verbo, pero su mediación con la realidad se expresa la más de las veces a través de esa dinámica suspensión del ser, de esa «actividad» que es fruto de una extática contemplación, por donde accede a la *visión*, o la recibe, porque la visión es también una visitación, una manifestación de lo desconocido, porque *ve* siempre más allá o, simplemente, porque como mismo siente «el menos», *ve* «el más».

Su acendrada religiosidad se mueve dentro del reino de la caridad; ella configura un vacío que debe ser llenado. Es *lo que espera*, acaso porque, como escribiera María Zambrano en sus *Claros del bosque*, «mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada». Por eso, ella, que quiere «escribir con el silencio vivo», ha hecho del *sacrificio*, del servicio misterioso, de su callado

ascetismo, de su huraña lucidez, de su indecible renunciamiento, una profesión de profunda y consecuente fe cristiana. En pocos creadores ha encontrado el misterio de la Encarnación, del Verbo que se hace carne, un testimonio más vivo. De ahí ésa su visión poética, es decir, unitiva, religadora, de los órdenes aparentemente más lejanos entre sí, entre la apariencia y la esencia, entre lo inmanente y lo trascendente. Por eso ella sitúa su mirada «no en lo que permanece siempre huyendo, / sino entre lo que, huyendo, permanece». Filosofía de la relación, como intuyera Martí. Iluminación de la profunda dialéctica de la creación. Mas esa conciencia de que «el centro de toda realidad es trascendente», hace que sus palabras se organicen para servir más que para ostentar; y que descrea de toda «imagen idolátrica», porque cree en la *imagen encarnada*, o transfigurada, y de ahí la indecible alusión que portan sus materias poéticas, su consustancial simbolismo, en este sentido ajenos a todo intelectualismo o esteticismo.

La intensa espiritualidad de su pensamiento poético es de este modo esencial, pero a la par que se adentra en los misterios teológicos, que complejiza incluso la fe, tiene sobre todo la cualidad de desplegar una mirada que, al partir de un radical desasimiento de toda solitaria arrogancia intelectual, hace de la comprensión, y de la participación, de lo otro y en lo otro, su forma más natural y profunda de manifestarse. De ahí su inusitado realismo, como que parte de un conocimiento amoroso, y ve en cada extraña criatura, en cada engeguedora apariencia, una suerte de incesante transfiguración de lo real. Un misterio de amor, aun cuando lo exprese a través del sufrimiento. Su mirada entonces, al estar presidida siempre por esa suerte de fidelidad, se explaya a través de los *sentidos* —«eterna fuente de poesía», dice—: por eso las apariencias son tocadas, oídas, vistas, sentidas, paladeadas, como en un moroso zureo que las envuelve en una luz que a la vez que las ilumina, las mantiene veladas; que a la vez que las aísla, las protege como un manto de nieve; que a la vez que las lejaniza, las hace más íntimas, más cercanas. Al final, lo que ofrece siempre es una sabiduría, un saber poético, acaso el más antiguo —el de los orígenes—; el que mira y se oculta en el «instante raro», en el hoy minucioso, en el «fiel instante»; y el que siempre espera en el futuro, invisible, como «una luz desconocida». Toda su poesía cabe en este verso suyo: «Lo eterno en lo fugaz»; o en este otro: «¡Oh lo bello y lo triste!» Yo prefiero imaginarla siempre, paseando su mirada entre los «árboles del otoño» —ese *otoño* tan suyo como su *dulce nevada*, su *bello niño de oro*, sus *oscuras tardes*, sus *astros*, sus *jardines*, sus *parques*, sus *rostros* sucesivos, sus *azules*, su *esmeralda*, sus *violetas*, sus *noches* indecibles, su *intemperie*, sus *palmas*, sus *lilas* deslumbrantes—, o tocando la inasible textura de lo real «con dedos lejanísimos».



¿Por qué su poesía, y su obra toda, permanecen aún casi desconocidas, como un oculto tesoro? Ha publicado los poemarios *Transfiguración de Jesús en el monte* (1947), *Las miradas perdidas. 1944-1950* (1951), *Visitaciones* (1970), *Viaje*

a Nicaragua (1987), *Créditos de Charlot* (1991), *Los Rembrand de L'Hermitage* (1992), *Viejas melodías* (Caracas, 1993), *Nociones elementales y algunas elegías* (Caracas, 1994) y *Habana del Centro* (La Habana, 1997). Su obra ha sido antologada en Cuba, en *Diez poetas cubanos (1937-1947)* (1948) y *Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952)* (1952), ambas selecciones de Cintio Vitier; *Panorama de la poesía cubana moderna* (1967), de Samuel Feijóo; *Poesías escogidas* (1984), de Jorge Yglesias; *Poetisas cubanas* (1985), de Alberto Rocasolano y *Antología poética* (1997), de Jorge Luis Arcos. Otra antología, muy similar a la presente, está actualmente en proceso de edición en Cuba. Pero lo cierto es que su obra poética apenas ha sido divulgada fuera de Cuba, con la excepción de la antología de Carmen Conde, *Once grandes poetisas americanas* (Madrid, 1967), y que poemas suyos han sido traducidos al italiano por Francesco Tentori, *Poeti ispanoamericani del novecento* (Milano, 1987), y al inglés por Margaret Randall, *Breaking the silence* (Vancouver, Canadá, 1982). A pesar de haber sido nominada en dos ocasiones al Premio Cervantes, y de su ya extensa y fecunda trayectoria intelectual, tampoco ha recibido la atención crítica que merece². En Cuba, libros suyos han sido reconocidos en varias oportunidades con el Premio de la Crítica, y ya le ha sido concedido el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de toda su obra. Sin embargo, una buena parte de su labor ensayística permanece aún inédita o desperdigada en publicaciones periódicas. En este sentido, sus libros más importantes son *Temas martianos* (1969), *Temas martianos. Segunda serie* (1996) recopilación de ensayos suyos junto a otros de Cintio Vitier, y *Hablar de poesía* (1986)³.

² Consúltese: *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*. Ciudad de La Habana, Ediciones Unión, 1990, 240 págs., de Jorge Luis Arcos.

³ También ha publicado *Los versos de Martí*. Separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, 1968; *Textos antimperialistas de José Martí*. La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1990. Es coautora, junto a su esposo Cintio Vitier, de *Flor oculta de poesía cubana (Siglos XVIII y XIX)*. Ciudad de La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1978; *La literatura en el Papel Periódico de La Havana*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1990. Ha participado en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí.



Colonial Paradise. (1995)